

vable: visto sobre las aguas tiene otras ventajas. El cisne al contrario tiene una reputacion de hermosura bien establecida, pero que si se dejase ver mas frecuentemente sobre la tierra firme padeceria bien pronto su fama. En efecto, no le conviene andar como al ganso; aun lo hace con una torpeza mas pronunciada. Felizmente para él sus gustos, sus inclinaciones, sus necesidades, su conformacion le crean hábitos que lo retienen ordinariamente sobre las aguas. Está allí tan bien colocado, que debe contársese entre las criaturas que demuestran con mas brillo las maravillosas armonías de la naturaleza. El cuerpo del cisne está cortado como la concha de un navío. Prolongado, adelgazado, y ligeramente aplastado en la faz inferior, disminuye insensiblemente hácia la parte anterior; en el pecho se redondea de manera que forma una proa. Ninguna salida sobre sus costados puede ofrecer resistencia; ningun embarazo puede formar obstáculos cuando nada: la cola es de proporciones suficientes para hacer contrapeso sin ser una carga, y se alza ligeramente sobre el agua. El cuello, que sostiene una cabeza pequenísima, es tan fino que no carga nada sobre la parte delantera á pesar de su extrema longitud. Los motores destinados á dirigir aquel buque y ponerle en movimiento están colocados detrás, y ningun palmípedo está dotado de un par de remos tan poderosos y tan fáciles de mover. El cisne no se sirve solo de ellos para ir adelante; los emplea tambien á modo de timon para cambiar su direccion, dirigirse á la derecha ó á la izquierda, dar vueltas sobre él mismo, y retroceder en su carrera. La una de las dos se halla replegada hácia lo largo del vientre ó debajo de la cola, mientras que la otra obra, y esto basta para modificar los movimientos del buque con precision, prontitud y regularidad; y cuando las dos trabajan simultáneamente á la vez adquiere una rapidez igual á la del paso veloz de un hombre. Volando asi al remo, el cisne puede todavia acelerar su paso desplegando una especie de velas: cuando el viento le favorece, entreabre sus alas, aunque poco cóncavas; levanta sus grandes plumas, las tiene estendidas; y bajo esta doble impulsión de remos y de velas, hiende las ondas con una facilidad y con una ligereza maravillosas.

Señor de las aguas, sobre las que voga naturalmente y sin trabajo, el cisne parece recorrer con amor sus líquidos dominios. Las aguas y sus orillas le ofrecen en efecto todo cuanto es necesario á sus placeres, á sus necesidades; y solo á largos intervalos se ve obligado á ir á arrastrarse pesadamente sobre la tierra. Para recoger los granos, las raices de las plantas acuáticas, los insectos, los gusanillos de que se alimenta, le basta vagar á lo largo de las fronteras de sus estados: su cuello agilo y elástico le permite alcanzar á grandes distancias. Lo mas frecuentemente busca y encuentra su pasto sin salir del medio de las aguas; y la manera con que entonces obra revela las admirables previsiones de su organizacion. Lo mismo que el pato y el ganso, el cisne tiene la facultad de volver la cabeza atrás, de sumergir la mitad anterior de su cuerpo, y con auxilio de su largo cuello hacer llegar su pico hasta las plantas y el fondo del agua. Este pico es fuerte, duro, y guarnecido en los lados de dentaduras profundas, cuyas aberturas forman otras tantas ondas: el ave lo llena, por decirlo asi, de comida por medio de su

paladar y de su lengua; y por un movimiento rápido y repetido de las mandíbulas traga todo lo que le conviene, mientras que el agua y las materias impropias como alimento se escurren al través de sus dentaduras. Como el cisne durante estas operaciones tiene la cabeza casi siempre sumergida en el agua, están sus pulmones dispuestos de modo que le permiten, sin ser sofocado, una larga sumersion. En la época de la postura de los huevos y de la incubacion, los cisnes trasportan su domicilio sobre las orillas, pero aun entonces lo mas próximo de las aguas; se construyen un nido de yerbas ó de juncos, en donde la hembra pone seis ó siete huevos, que empolla durante unas seis semanas; y apenas han roto los polluelos el cascaron, animando su instinto los conduce hacia las aguas y les arrastra en pos de sí. Asi se pasó la vida de los cisnes sobre el agua, en donde su conjunto está tan bien dispuesto no solo para la natacion y la navegacion, que es del mas bello efecto. Pero el brillo de las plumas y la combinacion de los colores aumenta todavia la belleza de las formas de esta ave. La nieve de las montañas no es mas blanca que la pluma del cisne desde el extremo de la cola hasta lo alto de su frente. El punto donde concluye la cabeza, y donde comienza el pico, se halla cubierto de una piel tuberculosa de un hermoso negro que se estiende un poco sobre las mejillas: el pico, de formas y proporciones agradables, es de un color rojo anaranjado que encuadra un pequeño filete blanco trazado á lo largo de las mandíbulas y que hace resaltar el tinte negro de la punta ligeramente encorvada que termina la mandíbula superior. El pecho es moreno, y los pies son de un negro con un ligero matiz amarillo. Es difícil explicar lo agradable que es á la vista esta ave cuando se la ve con las alas entreabiertas ó hinchadas por el viento, la cabeza alta, y el cuello muellemente inclinado deslizarse y volverse sin esfuerzo aparente sobre la superficie de las olas.

Las costumbres y el carácter de los cisnes forman uno de los objetos de estudio mas interesantes. Aunque el instinto social está muy desarrollado en ellos, y les gusta reunirse en bandadas, sin embargo, estas grandes reuniones se dividen en parejas que ofrecen modelos de fidelidad conyugal.

El macho, durante todo el tiempo que dura la incubacion, no se aleja, á pesar de su amor y afición al agua, del lado en que está la hembra empollando los huevos. Lleno de un valor desesperado, la defiende contra los ataques de cualquier enemigo, y cuando los polluelos han salido, divide con ella todos los cuidados de su educacion, yendo detrás de la pequeña flotilla, mientras que la madre nada á alguna distancia delante. El vinculo conyugal no se forma solo por el cumplimiento de los deberes de la paternidad: el cisne y su compañera permanecen íntimamente unidos, aun después que han juzgado bastante grandes á sus polluelos para alejarlos de sí; y un dulce y constante afecto reemplaza los sentimientos mas vivos que trae periódicamente la vuelta de la nueva estacion. Empero esta ternura esperimentada hace nacer en el cisne la pasion violenta que es su consecuencia ordinaria frecuentemente. Con unos celos feroces vigila á su compañera, y la aproximacion de cualquier macho extraño es la señal de una encarnizada lucha que se prolonga durante

días enteros, y que no termina ordinariamente sino por la muerte de uno de los contendientes. Los dos rivales que se atacan á aletazos y picotazos, buscan con todos sus esfuerzos el medio de agarrarse recíprocamente la cabeza, y mantenerla sumergida en el agua bastante largo tiempo para que quede sofocada. Escepto en estas circunstancias extraordinarias en que están comprometidos los mas caros intereses domésticos, el genio del cisne es generalmente afable y pacífico, y aunque esté lleno de confianza y altivez, y sea difícilmente accesible al miedo, no ejerce ninguna tiranía sobre las aves pequeñas del pueblo acuático. Parece tener la conciencia de su fuerza y no quererla ejercer, pero si no rehusa jamás el combate, se defiende resueltamente contra el águila misma, y esa lucha de las dos poderosas aves no se termina siempre en ventaja del rey de los aires. Además, aquellos grandes movimientos y agitaciones violentas no parecen convenir á la naturaleza del cisne; una suerte de molicie y de negligencia, la calma y el reposo constituyen mejor su estado normal, y la armonía del hermoso pájaro no se completa sino cuando al lado de su compañera voga dulcemente sobre las olas, cuando limpia y riza su pluma, cuando se baña con las gotas de agua, y hace su tocador con una coquetería y un aseo esquisito.

Estas costumbres de los cisnes que animan y embellecen los estanques de los jardines reales, son igualmente las de los cisnes salvajes diseminados en las comarcas septentrionales, y que un vuelo de una fuerza y de una altura poco comun llevan hácia las regiones templadas al aproximarse el invierno. Las formas y el plumage son siempre los mismos: los cisnes salvajes no se distinguen de los cisnes domésticos sino en que no tienen tubérculos al nacimiento de las mandíbulas, y en que su pico es negro, mientras que los matices amarillos y anaranjados están distribuidos sobre la piel desnuda que cubre su base.

Las partes meridionales de los dos continentes mantienen todavía cisnes que ofrecen con los de los países sep-

tricionales notables diferencias. Han observado los navegantes en las islas Malvinas y en el estrecho de Magallanes cisnes que tienen toda la cabeza y la parte superior del cuello negro; y los rios y los estanques de Nueva Holanda están poblados de una multitud de aves de la misma especie, cuyo plumage todo, á escepcion de las primeras seis plumas de cada ala, es de un negro reluciente. La vista de estos cisnes negros, cuyo pico como el de los cisnes con cabeza negra del estrecho de Magallanes, es de un encarnado vivo, no es ni menos grata, ni menos graciosa que la de los cisnes blancos de nuestros climas. Las costumbres de los unos y de los otros son idénticamente las mismas; únicamente, segun algunas observaciones, los cisnes de las islas Malvinas desplagan en el cuidado de sus polluelos una ternura mas ingeniosa. Cuando los polluelos han roto el cascaron están débiles todavía, y la madre, despues de haberlos paseado durante algun tiempo á nado, los recoge sobre su espalda, los calienta bajo las plumas de sus alas, y voga llevando encima su familia.

La carne de los cisnes es negra y dura, y su pelusilla fina y sedosa es el único provecho que se puede sacar de ellos. Este hermoso pájaro, propiamente hablando, no sirve sino para objeto de lujo, y tiene una sola misión, que cumple admirablemente, la de agradar á la vista. Segun las fábulas acreditadas en los antiguos, y que un proverbio se obstina en perpetuar entre nosotros á despecho de la esperiencia, el canto del cisne seria de una armoniosa melodía; empero la falsedad de esta asercion se halla plenamente justificada. Además de que los mas hábiles observadores rara vez han oido la voz del cisne, los sonidos que saca son los mas broncos y los mas discordantes. Tambien se puede considerar como errónea la opinion que atribuye á los cisnes una existencia de dos siglos; la duracion de la incubacion parece asignarles, segun las leyes generales, una notable longevidad, pero aunque le rebajemos un siglo de vida, tal vez todavía le ponemos mucho mas de lo que la naturaleza le da.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA



Los cisnes.

Museo de las fami
1857

INDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- Influencia de la muger, por el conde de Fabraquer, página 2.
Le-Sueur en la cartuja, por el conde de Fabraquer, p. 4.
El día de año nuevo en los Vosgues, p. 7.
Ruysdael, p. 9.
Las cuatro plagas del Apocalipsi, por Cornelius, p. 11.
El castillo de Viandur, p. 12.
El aquarium, p. 14.
Miollano, historia veneciana, por don José Muñoz y Gaviria, p. 18.
El primer día del año en el Japon, página 24.
Gerardo Andran, p. 26.
Los diamantes de la Luna, p. 27.
Forvin, p. 38.
Walter Scott y su familia, p. 41.
Don Alonso el Magnánimo, por don F. Fernandez Villabrille, p. 45.
Los halcones, p. 47.
Capilla de la Santa Sangre en Bruges, p. 49.
Historia de una rosa contada por ella misma, por el conde de Fabraquer, p. 51.
El poder de un niño, p. 55.
El hijo pródigo, p. 58.
El Carvet, novela, p. 59.
Experimentos del abate Chappe, página 63.
Un rayo de sol, p. 65.
Los cabalgadores, por el conde de Fabraquer, p. 66.
Los tres judíos, por don José Muñoz y Gaviria, p. 67.
El buitre egipcio, p. 70.
Dezede, p. 73.
Rui Diaz de Gaona, por don F. Fernandez Villabrille, p. 74.
Aventuras de la Saint-Bartelemi, páginas 76 y 404.
Los arenques de Willen Benkels, por don José Muñoz y Gaviria, p. 82.
El cogedor de nidos de águilas, p. 84.
Bacharach, p. 87.
La infancia de Jesucristo, por el conde de Fabraquer, p. 89.
La piscicultura, por don José Muñoz y Gaviria, p. 89.
El sitio de Rodas en 1480, p. 91.
Los huérfanos, p. 95.
Escena de aldea en Brunswick, p. 97.
Splugen, p. 99.
La cascada de Itamariti, p. 108.
Sepulcro de Santa Geneveva, p. 110.
La lechuza, p. 111.
Rembrant, p. 113.
El testamento, p. 114.
El primer paso de un niño, p. 119.
Augusto en las Galias, p. 122.
Sierra Dos Orgaos, América Meridional, p. 123.
Angela Salviani, por J. M. G., p. 125.
Las estufas y sus diversos destinos, p. 132.
La ciudad de Huy en Bélgica, p. 135.
La muger de don Diego Velazquez, p. 138.
El mendigo, por el C. de F., p. 138.
Pico de la Mirandola, p. 142.
La tromba, p. 142.
La casa desierta, p. 143.
Una anécdota relativa á Mr. Laplace, p. 145.
La torre de Lóndres, por el conde de Fabraquer, p. 149.
Un duelo de villanos, p. 149.
Lucas Leyde, p. 151.
Los doce hermanos, por el conde de Fabraquer, p. 154.
Capua, p. 159.
La quinta del valle, p. 161.
El hombre de mar, por J. M. G., página 165.
Compensacion providencial, p. 168.
Escultura sobre piedra, por Alberto Durero, p. 170.
Rosa la molinera, por don José Muñoz y Gaviria, p. 173.
Los dos primos, p. 174.
San Pedro de Loanda, p. 174.
Casa del maestro Adan en Nevers, página 177.
Un regalo de boda, p. 178.
Los negros, p. 182.
El Rhin en Lauffemburgo, p. 184.
La gitana, por don José Muñoz y Gaviria, p. 189.
Un padrino de lance, por don José Muñoz y Gaviria, p. 189.
El perro de Terranova, p. 190.
San Guillermo del desierto, por don Salvador Bollo, p. 194.
Cardan el Galeote, por don Facundo Miguez, p. 196.
La Kailaza, por don Fernando Beltran, p. 201.
El bosque y el torrente, por el conde de Fabraquer, p. 203.
El tiempo, por el conde de Fabraquer, p. 206.
Dibujos al humo, por don José Muñoz y Gaviria, p. 206.
El tocador de una dama del tiempo de Luis XV, por don José Muñoz y Gaviria, p. 209.
Mahoma, por don José Muñoz y Gaviria, p. 210.
Frutas y hojas, grabadas por Linton, por don Santos Gonzalez, p. 215.
El palacio del Franco en Bruges, por don Facundo Miguez, p. 218.
Ganados trashumantes, por don Facundo Miguez, p. 218.
Guillermo Tell salvando á Banongartuer, por don Fernando Beltran, página 220.
Funerales de los antiguos reyes de Francia, por el conde de Fabraquer, p. 221.
Castillo de Amboise, por don José Muñoz y Gaviria, p. 225.
La cruz de fuego, por don Alejandro Gonzalez, p. 227.
El entierro, por don Facundo Miguez, p. 237.
Los duelos de Iprés, por don José Muñoz y Gaviria, p. 237.
El pelicano, por don Juan Cabellos, p. 240.
Tomás Moore, por don Fernando Beltran, p. 241.
Los cristianos del Líbano, por el conde de Fabraquer, p. 243.
Gerardo Dow, por don José Muñoz y Gaviria, p. 247.
Iglesia de Brou, en Bourg, por el conde de Fabraquer, p. 249.
Sepulcro del mariscal de Sajonia, por don José Muñoz y Gaviria, p. 251.
Los ociosos de una ciudad pequeña de provincia, por don José Muñoz y Gaviria, p. 253.
Ruinas de la abadía de San Bavon y cripto de Santa Maria en Gante, por don Facundo Miguez, p. 255.
El Serapeum de Menfis, por don José Muñoz y Gaviria, p. 257.
La perla de Bethune, por el conde de Fabraquer, p. 258.
Vista de Ronffach, por don Rafael Alvarez, p. 260.
Robert' S-Cave en Irlanda, por don José Muñoz y Gaviria, p. 262.
El castillo de Anet, por Facundo Miguez, p. 263.
Juan Luyken, por don Santos Gonzalez, p. 266.
Goète, por don José Muñoz y Gaviria, p. 266.
El columpio, por don Facundo Miguez, p. 269.
El Garduño, por el conde de Fabraquer, p. 270.
Acueducto de Mainteron, por don José Muñoz y Gaviria, p. 279.
Las tres torres, por don Fernando Beltran, p. 282.
Federico ó el Joven Batelero, por el conde de Fabraquer, p. 282.
Apoteosis de Augusto, por don Rafael Alvarez, p. 286.
El cisne, por don José Muñoz y Gaviria, p. 288.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- Influencia de la muger, pág. 4.
El día de año nuevo en los Vosgues, p. 8.
Una perspectiva de Ruysdael, p. 9.
Las cuatro plagas del Apocalipsis, carton por Cornelius, p. 12.
Ruinas del Castillo de Viaudeur, sobre la orilla izquierda del Our, p. 13.
El aquarium del Jardín Botánico de París, p. 16.
El pescador de mas edad estaba contando al mas jóven el suceso... p. 47.
El día primero del año en el Japon, p. 24.
La Aurora, copia del cuadro de Lesueur, p. 25.
Nuestra Señora de los Sarracenos, cerca de Massa de Carrara, cuadro de Forvin, p. 40.
Walter Scott y su familia, p. 41.
Capilla de la Santa Sangre en Bruges, p. 49.
El poder de un hijo, p. 56.
El hijo pródigo, fac-símile de un grabado de Alberto Durero, p. 57.
Carvet de negros marrones, p. 61.
Experimento hecho por el abate Chappe, p. 64.
Pájaros y niños en un rayo del sol, p. 65.
El bouter egipcio, p. 72.
Dezede, p. 73.
Hibes de Curson y Savereux, p. 81.
¡Una muger! exclamó Savereux, p. 84.
Los cogedores de nidos de águilas, p. 85.
Casas viejas en Bacharach, p. 88.
Vista de la ciudad de Rhodas, p. 93.
Los huérfanos, cuadro de Hamon, p. 96.
Escena de aldeas, p. 97.
Casas de Splugen, p. 100.
Algunos heridos trataron de agarrarse a la lancha, p. 105.
Cascada de Itamariti, p. 109.
La lechuza, p. 112.
Retrato de Rembrant, p. 113.
El primer paso de un niño, p. 120.
Augusto establece en Lion el gobierno de las Galias, p. 121.
La Sierra Dos Orgaos (América Meridional), p. 124.
Estufa templada en París, p. 133.
La ciudad de Huy, p. 136.
La muger de Velazquez, p. 137.
Con el auxilio del espejo, veia lo que pasaba en la ventana, p. 144.
Habitacion de La Place en Arcueil, página 145.
Lucas Leyde, p. 152.
Fac-símile de un grabado de Lucas en Leyde, p. 153.
Anfiteatro de Cápua, p. 160.
La quinta del Valle, p. 161.
El yuca, p. 168.
El bautismo de San Juan, p. 169.
Vista de San Pablo en Loanda, p. 176.
Casa del maestro Adan, en Nevers, página 177.
Castigo de los negros, p. 184.
Vista del Rhin en Lauffemburgo, página 185.
El perro de Terranova, p. 192.
San Guillermo del Desierto, p. 193.
Se vió la marca evidente del golete, p. 200.
La Kailaza, templo del dios Siva, página 201.
Plancha niellada de Tomás Finiguerra, p. 208.
El tocador de una dama del tiempo de Luis XV, p. 209.
Grabado por Linton, p. 216.
Vista del palacio del Franco en Bruges, p. 217.
Guillermo Tell salvando á Banongartuer, p. 221.
Vista de la abadía de San Dionisio, página 224.
Castillo de Amboise, p. 225.
El entierro de un pobre, cuadro de Leopoldo Robert, p. 236.
El pelicano, p. 240.
Tomás Moore, p. 241.
La muger hidropica, cuadro de Gerardo Dow, p. 248.
Iglesia de Brou en Bourg, p. 249.
Sepulcro del mariscal de Sajonia, página 253.
Ruinas de la abadía de San Bavon y cripto de Santa Maria, en Gante, página 256.
Vista exterior del Serapeum de Menfis, p. 257.
Vista de Ronffach, p. 261.
Castillo de Anet, p. 264.
Esopo buscando un hombre, composicion de Juan Luyken, p. 265.
Retrato de Goëte, p. 268.
El columpio, p. 269.
Vista de las ruinas del acueducto de Maintenon, p. 280.
Una vista del Tirol, p. 281.
Apoteosis de Augusto, p. 288.
Los cisnes, p. 290.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE ESTE TOMO.

Lesueur en el convento de los Cartujos, p. 6.
Alberto y Clara, p. 27.
Los cavalcadores, p. 66.
La infancia de Jesucristo, p. 89.
Sepulcro de Santa Genoveva, p. 110.
El mendigo, p. 142.

La torre de Londres, p. 148.
La gitana, p. 488.
El bosque y el torrente, p. 203.
Ganados trashumantes, p. 218.
Vista de Robert s-Cave, p. 262.
Ruy Velazquez de Silva, p. 270.

